

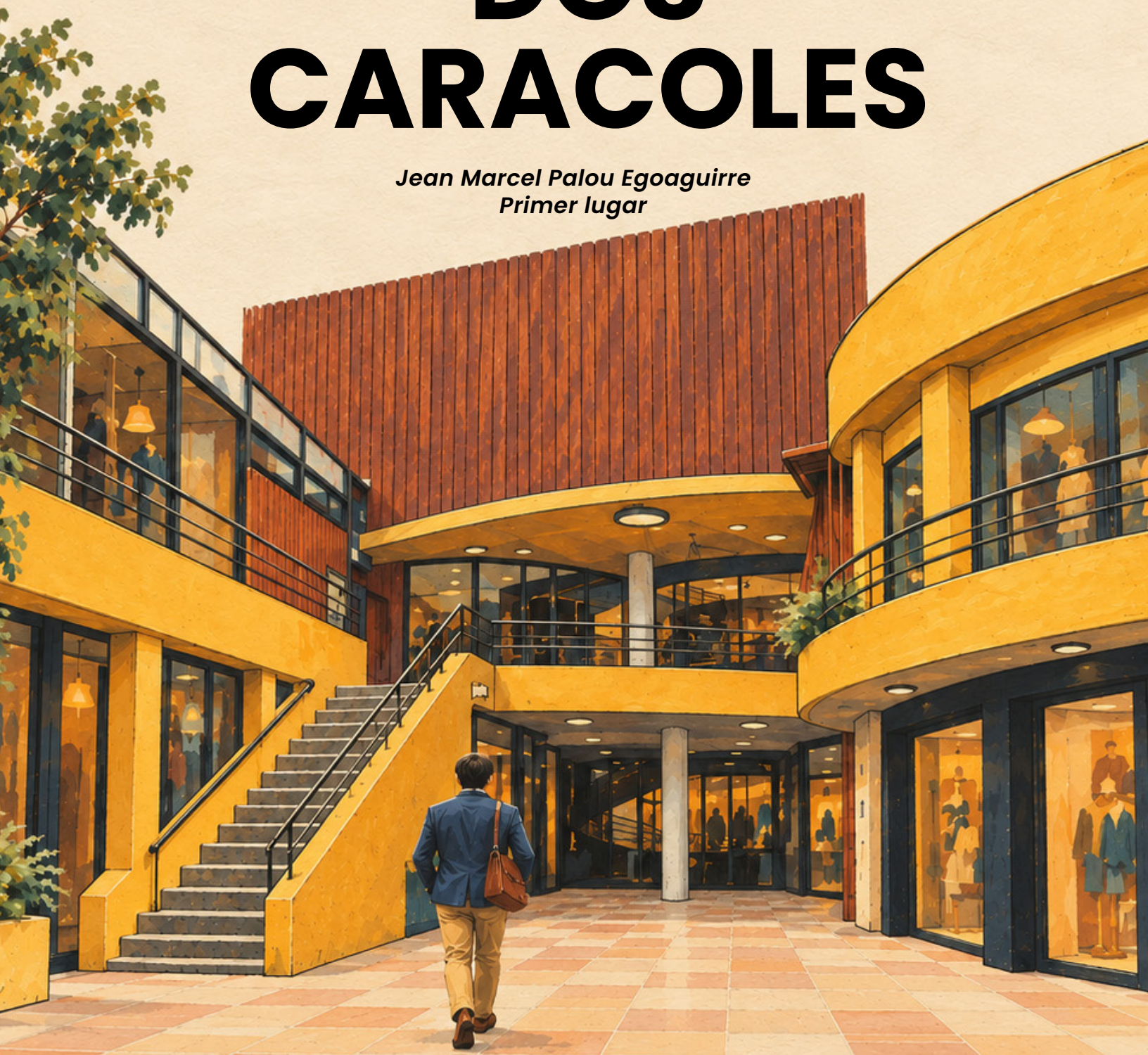


Providencia
Vida Buena

Sistema
de Bibliotecas
Públicas

DOS CARACOLES

Jean Marcel Palou Egoaguirre
Primer lugar



"Tiene que ser una pista", pensó, ya completamente obsesionado por descubrir el misterio de los empinados pasillos en forma de espiral del centro comercial.

"Dos rampas helicoidales entrelazadas".

"Circulación peatonal continua".

"Un gran vacío en el centro".

"Un edificio sin principio ni final".

"Dónde está adelante. ¿Cómo vuelvo atrás?", anotaba en un cuaderno de frases sueltas, reflexiones, dibujos y garabatos con poco sentido.

Cada vez que caminaba hacia su trabajo, en el local más alejado del portal Dos Caracoles, Orlando Seguías tenía la impresión de haber entrado en un bucle. Aunque el mundo a su alrededor parecía cambiar aceleradamente, él no podía dejar de pensar que desde que entraba en este edificio de Providencia los minutos se sentían diferentes y el tiempo se desfasaba de una manera particular.

Razones tenía de sobra: mientras en el centro comercial se multiplicaban las librerías de cómics y las tiendas de figuras de colección japonesas, él llevaba más de cuatro décadas en el negocio de las boutiques de moda para señoras que -era consciente de ello- claramente estaba en vías de extinción. Le tenía sin cuidado, para él se trataba de un oficio heredado y sencillo; lo único que no podía permitirse era olvidar los nombres de sus pocas y leales clientas, que nunca entraron en la era de los grandes y modernos malls y testarudamente seguían comprando sus faldas con fustán y sus pañoletas de seda en el único lugar donde las trataban con consideración. O eso querían creer.

"¿Cómo está usted, doña Ermita? ¿Cómo le fue en la graduación de su nieto?", preguntaba, fingiendo interés.

Seguías tenía viva la imagen de los tiempos de esplendor, allá por fines de los años 70, cuando los caracoles comerciales que empezaron a poblar la ciudad inauguraron una nueva cultura del consumo masivo y el delirio neoliberal. Por entonces, estas pasarelas que daban vuelta en círculo se convirtieron en una solución arquitectónica ingeniosa: como en teoría no hay pisos, sino solo una rampa continua que los conecta a todos de manera ascendente -o descendente-, los locales tenían la misma opción de recibir el mismo volumen de compradores voraces.

Y así fue durante un breve tiempo, hasta que el experimento colapsó por la competencia del Apumanque, y las glamorosas tiendas de alta costura, las zapaterías y las importadoras de bisutería fina comenzaron a migrar a otras galerías o a desaparecer. Con los años llegaron las peluquerías y las tiendas de filatelia, después los fastidiosos locales de accesorios de celulares, y últimamente las tribus urbanas que dejaron a su boutique de ropa femenina como una curiosidad olvidada, fuera del tiempo.

Él tenía una teoría sobre por qué ocurrió todo: "Nadie quiere devolverse por donde subió", decía, con convicción y sin pruebas.

Pero Seguías tenía la sensación de que había algo más y estaba decidido a averiguar qué era. Todos los días, sin falta, hacía el recorrido completo hasta su tienda, la más apartada desde la entrada principal por la calle Providencia, sin tomar ningún atajo.

Mientras vitrineaba -más por rutina que por ocio- y hacía un catastro de las tiendas que se iban y las que llegaban -aunque nunca le interesó hablar con ninguno de los otros inquilinos-, mentalmente contaba los pasos exactos y tomaba el tiempo que demoraba en llegar hasta su lugar de trabajo. Le gustaba creer que, como uno de los más veteranos del lugar, debe haber caminado cientos o hasta miles de kilómetros en sus pasillos, formando ochos o el símbolo lemniscata.

Podía ser la edad, es cierto, pero se dio cuenta de que cada vez necesitaba más pasos y tardaba más. Y no era solo eso: el aire también se sentía diferente, la luz entraba en ángulos imposibles y la gravedad lo empujaba con un poquito más de fuerza hacia abajo. No podría explicarlo bien, pero Orlando Seguías también comenzó a sentir que alguien lo observaba, aunque la verdad es que -aparte de sus cada vez más escasas clientas- casi nadie parecía notar demasiado su presencia.

Sea por aburrimiento, sea por la soledad, comenzó a anotar sus descubrimientos y reflexiones en un viejo cuaderno de contabilidad. Algunos eran datos duros y medibles del recinto:

"160 locales comerciales repartidos en las Torres A y B".

"Los pasillos miden entre 2,5 y 3 metros de ancho".

"La distancia total continua es de 350 metros de longitud".

"Las rampas tienen una pendiente de 4 a 5%".

Otros apuntes se referían al diseño y la particular forma del edificio:

"Geometría orgánica".

"Forma de concha de caracol".

"¿Espirál logarítmica?".

Después de un tiempo, no fue suficiente la observación y Seguías necesitó documentarse. Se enteró, por ejemplo, que entre 1974 y 1983 se construyeron 46 caracoles comerciales en Chile, que se convirtieron en un efímero boom y en el mismo barrio había otras galerías como Los Pájaros y el Portal Lyon que sobrevivían, pero solo existía uno en todo el mundo que conectara dos espirales con la forma del infinito. Fue entonces cuando dio con el nombre de Sergio Larraín García-Moreno, el prestigioso arquitecto vanguardista cuya oficina había estado a cargo del diseño de los Dos Caracoles. Se trataba de uno de los principales exponentes en Chile del movimiento moderno, seguidor de las obras de Le Corbusier y discípulo de la escuela Bauhaus, y levantó polvo con trabajos como el edificio Oberpaur. en el centro de Santiago. Su historia paralela lo fascinó. Regidor de la municipalidad de Santiago por el Partido Conservador, tuvo un encuentro con Pablo Neruda en el que lo convenció para sumar fuerzas con los comunistas para formar un grupo antinazi y evitar que seguidores de Adolf Hitler lograran penetrar en América Latina. Poco después, en medio de la guerra, el Servicio de Inteligencia Británico lo contactó para que fuera espía desde el país, y años después recibiría una condecoración por sus esfuerzos por la reina Isabel II.

Larraín -investigó Orlando Seguías- también fue miembro fundador de Academia Chilena de Historia y un recordado decano de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Católica, pero el dato más importante de su biografía para entender los secretos de los Dos Caracoles podría estar en su afición como coleccionista de piezas de las artes primitivas de América, lo que lo llevó a fundar el Museo Chileno de Arte Precolombino, al que donó la mayor parte de sus tesoros.

"No puede ser solo una casualidad", se dijo para sí mismo Seguías, que -en un acto temerario para alguien que rara vez se desviaba de la ruta de su viejo departamento al trabajo- se tomó la tarde, cerró su negocio y se dirigió al edificio colonial de la antigua Real Aduana donde queda el museo a buscar señales.

De pronto el veterano vendedor de ropa de mujer no solo se vio como un improbable estudioso de la arquitectura moderna chilena, sino que se sintió además como un arqueólogo de culturas prehispánicas, siguiendo las huellas que Larraín pudo haber dejado en algún sitio. Por primera vez creyó estar mirando en la dirección correcta cuando, entre los cientos de objetos de la colección de arte incaico, entre vasijas con forma de animales, *tumis* y *kipus*, halló un *pututu*, uno de los instrumentos ceremoniales más importantes de los Andes precolombinos, fabricado a partir de la concha de un caracol marino.

Se quedó un largo rato frente a la vitrina. Después, en voz baja, casi para nadie, se convenció: "Definitivamente no es casualidad".

Las preguntas se multiplicaban para Seguías y se hacían cada vez más complejas. ¿Y si Larraín, un reconocido entusiasta de la cosmovisión andina, no estaba necesariamente pensando en multiplicar por dos el frenesí consumista de fines de los 70, sino que quiso decir algo más con el diseño de doble espiral del centro comercial? ¿Puede un edificio ocultar simbologías ancestrales detrás de una fachada de vidrio y cemento? ¿O estaba yendo demasiado lejos, y todo esto era el desvarío de un hombre que había pasado demasiado tiempo dándole vueltas a su suerte?

Orlando Seguías no cesó. Los días siguientes los pasó leyendo cuanto encontró sobre el mundo andino. No buscaba respuestas; buscaba una grieta por donde la arquitectura pudiera encontrarse con algo mucho más antiguo.

Según averiguó, la concepción del tiempo en el mundo andino rompe completamente con la intuición occidental. El pasado "está adelante" y el futuro "atrás": el pasado se concibe como algo que está frente a la persona, porque ya ocurrió, puede conocerse, narrarse y recordarse. El futuro, en cambio, no puede verse; está "a la espalda", oculto. En lengua aimara esto aparece incluso en la estructura del idioma: "nayra" significa "ojo", "frente" y también "pasado", mientras que "qhipa" significa "detrás" y también "futuro". Si en la visión occidental el tiempo suele entenderse como una línea que une pasado, presente y futuro, en el pensamiento andino era más bien cíclico -las estaciones, los movimientos astronómicos, los rituales- y la historia se sostenía en la repetición, la renovación y el equilibrio.

Esa noche agregó una entrada más a su cuaderno de contabilidad, entre los datos duros de siempre: "Cosmovisión andina: pasado adelante, futuro a la espalda. ¿Los Dos Caracoles como ciclo, no como línea? ¿Retorno, no avance?".

El tema lo había obcecado. ¿Y si los Dos Caracoles no eran solo un edificio, sino algo más parecido a un ciclo hecho piedra y cemento, un lugar donde la historia gira para volver siempre sobre sí misma?

Los pensamientos, cada vez más profundos y perturbadores, comenzaron a acechar a Seguías en su habitual caminata de ida y vuelta a su boutique.

Mientras giraba por los pasillos, sintió que el tiempo se comprimía, que entraba en un circuito sin fin, y no pudo evitar la sensación de que él mismo era la visión profética de un *amauta* -un sabio o maestro andino- de muchos siglos atrás, mirando desde un ritual sagrado hacia un futuro que ya conocía: el de un hombre gastado, casi obsoleto, que cruza los tiempos, repite la historia y sigue dando vueltas en círculo.

Le pareció ver al anciano filósofo inca enseñando a sus estudiantes el "*Ama sua, ama llulla, ama quella*" y advirtiéndoles sobre el inminente fin del *Tahuantinsuyo*, mientras les mostraba un rústico dibujo de un helicoide doble que no llegaba a ninguna parte y de una persona que parecía atrapada. Se cruzó con Neruda y Larraín, hablando y conspirando en secreto, al tiempo que vitrineaban por las tiendas del centro comercial. Y se le apareció la pomposa inauguración en 1978 de los Dos Caracoles, que prometía ser el punto de encuentro de la nueva elite santiaguina, junto a jóvenes tatuados, coleccionistas de mangas y doña Ermita que volvía por un blusón.

Todos los tiempos se superponían en una utopía oblicua, en rampas infinitas que solo él comprendía y un eterno déjà vu que lo hacía volver a empezar.

"Tiene que ser una pista", pensó, ya completamente obsesionado por descubrir el misterio de los empinados pasillos en forma de espiral del centro comercial.

"Un edificio sin principio ni final", anotó. "Dónde está adelante. ¿Cómo vuelvo atrás?".